

Juan Ibáñez Castro

*Visionarios y visionarias
en la España moderna*
La política y el espíritu

CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR

Índice

AGRADECIMIENTOS	9
PRÓLOGO (Ángela Atienza López)	13
INTRODUCCIÓN	21
CAPÍTULO PRIMERO. Alternativas a la religiosidad clericalizada	37
El alumbradismo del siglo XVI como alternativa espiritual	37
Crítica y reforma en Pedro Ruiz de Alcaraz	42
El veredicto inquisitorial	51
Escritura mística y feminidad: el caso de Isabel Ortiz	57
El proceso contra Isabel Ortiz	65
El alumbradismo como concepto inquisitorial de resistencia cultural	72
El quietismo y la controversia molinosista (siglos XVII-XVIII)	76
Organización y autoridad en los grupos molinosistas	80
El padre Andrés Pasano, el «Dios visible» para sus dirigidas	81
Sebastián de Ledesma y la sucesión en el grupo del padre Palomino	93
Autonomía visionaria y mortificación molinosista en las monjas de Malagón	102
Isabel de Santa Teresa	105
Juana María de San José	121
Manuela de la Concepción	127
La resolución del proceso	133
Recelos hacia una ¿espiritualidad? diferenciada	141

CAPÍTULO 2. Profecías y vaticinios en la monarquía católica	145
Expresiones del mesianismo hispánico	145
El planto de España, de Lucrecia de León a Martín de Ayala	149
El destino universal de la monarquía de España en los vaticinios de Gabriel de Escobar	158
El profeta y el inquisidor	169
La conciencia del pueblo elegido	183
Profetas en la corte, tiempos de crisis	186
El mandato divino para Felipe IV en las profecías de don Francisco de Chiriboga	186
Una defensa de la profecía política	194
Dos finales para un proceso	203
Fray Francisco Monterón, de Nápoles a la corte enviado por Dios	211
La instrucción de la causa	217
Un profeta obstinado	232
Política y profecía en la corte de Felipe IV: definir el sistema de gobierno	248
CAPÍTULO 3. Marginados: locos y pícaros	255
Entre la inspiración divina y la locura	257
Sabiduría y poder en las fantasías del jornalero Juan García	263
Criticar al Santo Oficio, la locura de la beata Juana Bautista	273
La locura examinada	281
La beata Ana de Bella	281
El mendigo Thomé García	288
Visionarios y locura en los tribunales del Santo Oficio	296
La picaresca visionaria	302
La beata Isabel de Briñas, ¿santa o embaucadora?	304
El confesor y la visionaria	311
El examen inquisitorial	318
El dictamen	328
María Cotanilla, la cieguita de Colmenar	333
La picaresca de María Cotanilla	344
Una cuestión de supervivencia	359
REFLEXIONES FINALES	363
BIBLIOGRAFÍA	377

Prólogo

«En un libro de Historia nos interesan las vidas...» es la bien elocuente declaración del autor en las primeras líneas de su introducción; luego añade más elementos de interés, pero sitúa en primer plano esto: las vidas...

Y las vidas de los hombres y mujeres de la Edad Moderna, de todos los estratos sociales, estuvieron muy llenas de contactos con profecías, con visiones, con revelaciones, con apariciones, con sucesos maravillosos, prodigiosos o sobrenaturales..., experimentados directamente, vistos y presenciados en otros u otras o conocidos por los relatos de terceros; vidas y hechos aclamados y aplaudidos por unos o repudiados por otros, o también todo a la vez. Muchas veces, además, también vigilados, examinados, perseguidos, calificados y enjuiciados por el poder. La vida fluyendo..., en definitiva.

El «mundo visionario», que es la noción englobante con la que Juan Ibáñez ha considerado concebir este complejo, atravesó la vida de la Edad Moderna y las vidas en la Edad Moderna y lo hizo en todas las dimensiones que queramos considerar: la política, la cultural, la social, por supuesto la eclesiástica y religiosa, la económica también... Por esto creo que Juan Ibáñez, que era un estudiante con una tremenda inquietud y apertura intelectual cuando terminaba el grado de Geografía e Historia, acogió entusiasmado la temática que le proponía para abordar su tesis doctoral; enseguida vio que le per-

mitía profundizar en el conocimiento del mundo moderno y en claves de sus dinámicas, las dinámicas del poder y sus tensiones, en las que todos estuvieron concernidos y que movían todas las vidas. Porque no hay duda de que el mundo visionario fue expresión, reflejo, y también factor, de las múltiples tensiones que acompañaron el proceso de construcción de un mundo confesional que aspiraba a la homogeneidad religiosa, política y cultural, pero también lo era —reflejo y factor— de otras varias tensiones que discurren por el cuerpo social, las sociales y las de género muy destacadamente. El mundo visionario era un mundo esencialmente intrincado, conflictivo y problemático, percibido como potencialmente amenazante por el poder. Juan Ibáñez explica bien su punto de partida: «Hablamos de mundo, de universo, más que de lo visionario como concepto, y esto se debe a que lo concebimos como un espacio en el que se insertan múltiples manifestaciones y problemas».

Este libro que prologamos se construye a partir de la tesis doctoral del autor y de la reformulación que ahora le ha dado a lo que constituía la segunda parte de la misma. No es, por lo tanto, el mismo producto científico, porque ahora Juan Ibáñez se sitúa en otro ángulo de visión del tema. Sin embargo, tengo la absoluta convicción de que el valor principal de este libro está y tiene su raíz en su posición de análisis anterior y en lo que ya hizo previamente, en lo que aprendió, en el bagaje intelectual que reunió y en las aportaciones que ofreció, que laten en estas páginas permitiéndole entregar ahora un trabajo especialmente rico y competente. Por eso quiero explicar aquí cuáles son los soportes que fundamentan este nuevo escrito y que me dejan concluir finalmente que Juan Ibáñez puede situarse ahora como uno de los investigadores más cualificados en el conocimiento de esta temática, en torno a la que ha sido capaz de reunir diversas dimensiones analíticas, ver desde diferentes ángulos y atender a las diversas esferas que se conjugaron históricamente en la trayectoria histórica del mundo visionario y que lo explican como tal.

En la primera parte de la tesis, que titulé «Discursos y debates en la tratadística visionaria», abordó el estudio de la literatura que intentó reglamentar la vía mística y sus experiencias y procuraría el control de las manifestaciones visionarias, revelaciones, éxtasis, aparicio-

nes, todo tipo de experiencias que se presentaban como mercedes divinas... El gran objetivo de la movilización tratadista era el discernimiento de espíritus, determinar la naturaleza y el origen de estas manifestaciones, precisar si eran de origen divino o demoníaco, si procedían de la imaginación o de la sugestión o bien constituían un embuste creado y una ficción. Se invirtieron muchos esfuerzos en esta tarea y el discurso eclesiástico y teológico no encontró forma de homogeneizar y unificar criterios en su larga trayectoria; al contrario, la diversidad de posturas y las discusiones entre autores son bien reveladoras de un terreno muy problemático que, en última instancia, se decepcionaba a sí mismo. Esto formó parte también del «mundo visionario» porque aquí están las perspectivas de teólogos y de las autoridades eclesiásticas, variadas y variables, y solo coincidentes en subrayar la supremacía de la Iglesia y en afirmar y proclamar su monopolio en el control y la validación o no de las experiencias místicas y visionarias.

Juan Ibáñez estudió más de treinta obras guiado por lo que será la seña de su tesis doctoral, su empeño por explicar cada tratado en su tiempo histórico, la preocupación por el contexto y por estudiar las condiciones y circunstancias históricas a las que cada obra buscaba ofrecer respuestas. Todo esto le permitió identificar y proponer varias fases históricas en las que insertar la comprensión de la tratadística visionaria y los cambios que en su seno fueron teniendo lugar en el transcurso de la Modernidad. Una primera fase, que entendió como la de «Una preocupación naciente en lengua vernácula: de la Baja Edad Media a la primera Edad Moderna (ss. xv-xvi)»; una segunda fase de pleno desarrollo de la tratadística visionaria claramente embarcada en los propósitos de «discernir y censurar» y que llamó «De los “tiempos recios” a la clarificación mística (1559-1687)», y una tercera etapa en la que comenzarían a vislumbrarse los cambios y el decaer de la mística: «De la reacción antiquetista a las primeras luces (1687, mediados s. xviii)». Esta es, a mi juicio, una aportación fundamental de su trabajo que esperamos que pronto pueda ver la luz en otra publicación que entiendo muy necesaria.

Por lo demás, afloran las tremendas contradicciones en las que se encontraban los poderes eclesiásticos y teólogos, las tensiones y